

Los Marchos

RELATO DE UN FUENMAYORENSE

IAN PAGOLA MARTÍNEZ
2º A IES FUENMAYOR

Esta es la historia de un niño al que la guerra no favoreció.

CAPITULO 1 8 MESES PARA AQUEL DIA

Era un día soleado donde los pájaros cantaban y el verde de la hierba resaltaba. Eran tiempos algo difíciles donde la vida no era justa. Se oía por la calle y en los periódicos de una posible guerra cuya repercusión nunca pensamos que nos afectaría tanto. Nosotros estábamos más ocupados en jugar y meternos en líos. Corría el año 1808 y estábamos empezando el verano. Nos encontrábamos en la calle herrerías Pedro, Manuel y yo. El herrero, Antonio, siempre nos daba restos de hierro para jugar a los espadachines. Nos encantaba jugar en la plazoleta de aquella calle. También solíamos ir a la iglesia de monaguillos pues se pagaba lo suficiente como para comprarnos un helado. Al igual también nos encantaba ir al río Ebro a tirarnos al agua. Siempre que íbamos había almuerzo pues solíamos llevar la caña de pescar y Manuel solía llevar su típico bocadillo de chorizo. A última hora de la mañana nos asábamos la pesca capturada. Nosotros nos lo pasábamos de miedo, mucho más los domingos.

El colegio ya nos gustaba menos, a decir verdad éramos los peores estudiantes de la escuela. El padre Don José nos hacía rezar el rosario al final de la clase y era lo peor del colegio. Aun así el padre Don José era una gran persona incluso nos había sacado varias veces de algún que otro lío.

Sin embargo los miércoles era el mejor día de clase y nos tocaba con la madre Teresa. Todos los miércoles le hacíamos una broma que habíamos planeado un día antes. Ese día, el 7 de abril, pusimos en la puerta un esqueleto de la clase de ciencias lleno de tomate como si estuviera recién comido por unos lobos. Al entrar la madre Teresa, el muñeco calló colgado delante de su cara, el gran susto que se llevó le hizo correr a la habitación más cercana donde Manuel estaba esperando con un caldero de agua y otro de harina. Ese día estuvimos encerrados en la sala de rezo sin comer y sin cenar.

En casa nuestros padres se preparaban para irse a la base militar pues los rumores de la guerra eran ciertos. Mi padre era un hombre muy conocido e importante en el pueblo pues era el banquero de Fuenmayor. Todos los chavales nos encontrábamos muy tristes pues todos queríamos que nuestros padres se quedaran. Un día llegó una carta a casa diciendo que el día 5 de diciembre los soldados de toda la rioja debían marchar a la base militar. No ponía que era para entrar en combate pero todos lo sabíamos.

CAPITULO 2

5 MESES PARA AQUEL DIA

El general Juan José Maldonado se encontraba en las oficinas de la base militar de Logroño. Esos días mi padre estaba muy nervioso pues el general pensaba acudir de pueblo en pueblo para hacer campaña de alistamiento en el ejército para recién cumplidos de dieciocho años. Por suerte nosotros solo teníamos catorce años.

Sin embargo el hijo del herrero ya tenía los dieciocho se quería marchar a la guerra, cosa que su padre no quería. Incluso un día su hijo juro hacer lo que fuera por ir y llamo a la policía militar diciendo que su padre era un desertor. Nunca pensó que esa llamada hiciera que al día siguiente dos agentes corruptos entraran en su casa. Yo y Pedro estababamos allá. Subieron y al cabo de cinco segundos se oyeron dos disparos y uno dijo:

-¿¡Tu también eres uno como él!?

- No... ¡lo juro! ¡Por la patria!

-¡Andando!

Bajaron por la puerta y uno de los agentes nos miró hizo un gesto de amenaza. Directamente fuimos a mi casa y no nos atrevimos a decir nada.

A la mañana siguiente sonaban las campanas en tono de muerto. Mi madre lloraba y mi padre soltaba tacos y maldecía el gobierno y la guerra. Yo estaba muy asustado pues mi padre empezó a romper cosas y a gritar más fuerte. El le quería mucho a Antonio.

Seguía la campaña y ahora le tocó al hermano de Manuel. Su padre y su hermano marchaban a la guerra. Nos contaba que ellos irían a otra base y que tardarían dos años en volver aunque habría acabado la guerra. En toda una semana no se vio a Manuel por ningún sitio.

Por otra parte, Pedro y yo, seguíamos con nuestra vida normal. El padre Don José nos llevaba a rezar por los soldados y por que todo esto acabase pronto.

El General se encontraba ya en Fuenmayor y los jeps helicópteros y de más estaban rondando por el pueblo. Las trompetas sonaban al compás de los tambores. El brigada iba predicando los “beneficios” de alistarse y los contras de no hacerlo (la cárcel o la muerte). Así fueron los siguientes meses para aprovechar todo hombre que cumpliera los dieciocho para alistarlos. En esos días, al caer el alba nadie se atrevía a estar en la calle pues los soldados hacían guarda para matar a los que huían. La noche del 7 de julio de 1808 el padre Don José intento huir con unos mendigos los guardias de la calle Víctor Romanos los mataron con una ametralladora. Yo lo vi todo desde mi ventana. Ese día no conseguí dormir y tampoco los siguientes.

CAPITULO 3

1 MES PARA AQUEL DIA

Pasados ya cuatro meses nuestros padres ya no estaban. Cada día estábamos a la espera de recibir cartas donde nos dijeran que estaban bien. Manuel, Pedro y yo estábamos más juntos que nunca. A todos nos pasaba lo mismo.

Fue el día 7 de noviembre cuando vino una carta confirmando que en la primera batalla contra los franceses ningún ciudadano fuenmayorense había muerto. Excepto uno. En el campo de Almería, un grupo de franceses despistaba por el norte mientras el grupo mas numeroso atacaba por el suroeste. Hubo una captura en el flanco norte. El hijo del herrero. Cuando llegaron, de tanto dolor por la muerte de su padre alzo la pistola hacia su sien, y se pegó un disparo. Fue la única victima y la más inocente.

Hubo mas batallas a lo largo del mes afortunadamente solo dos personas murieron. Eran dos ancianitos a los que el gobierno obligó a ir. A Pedro también le habían llegado noticias buenas. En cambio a Manuel fue todo lo contrario. Su padre fue decapitado y colgado en el poste mas alto de la base aliada como aviso a los españoles, y su hermano estaba al borde de la muerte. Yo acudí ese día a su casa cuando llego la carta estando allá reunidos. La imagen de la foto nunca se me ha borrado de la cabeza.

Ya no era lo mismo todos los días eran desgracias. Los soldados abusaban de los paisanos, cartas de familiares muertos o secuestrados, personas muertas por la calle de las palizas de los soldados corruptos.... Nadie acabó siendo el mismo. Yo tampoco.

Al día siguiente de la carta de Manuel, se escuchó en el pueblo que a las cinco de la tarde estaba previsto el entierro del padre Don José. Todo el pueblo acudió. Pero como era de esperar, los soldados hicieron cumplir tajantemente el toque de queda y el padre no fue cubierto del todo de tierra. Ese día hubo una revuelta y cuatro soldados, dos de ellos los asesinos de Antonio, fueron llevados a la muerte por unos soldados buenos que vieron como apaleaban y apedreaban a una mujer. Era mi madre. En ese momento no sabia que hacer y cogí la escopeta de mi padre y pegue un tiro hacia uno de ellos. El sonido alerto a los soldados que vinieron inmediatamente a por los dos. Un soldado agarro al que nos amenazó con la mirada y el me dijo:

-¡Soltadme! ¡Me voy a cargar a esa hija de perra!

Y se soltó del soldado cogiendo su pistola apuntando hacia mi madre. Instantáneamente su compañero le disparo a la cabeza terminando así con su vida. Rápidamente corrí hacia mi madre que por suerte no tenia nada roto.

Ya todo era horrible la depresión corría por mi cuerpo. Ya no tenia muchas ganas de seguir viviendo esto. Y varios días incluso tenia en mente suicidarme.

Pero entonces paso algo.

CAPITULO 4 AQUEL DIA

El cinco de diciembre hubo la gran batalla y los supervivientes habían vuelto a Fuenmayor. Nos dijeron que se rindieron y que la guerra había acabado. Los soldados apostados en Fuenmayor se fueron.

Al día siguiente celebramos la llegada de nuestros seres queridos y hubo una gran cena. Aun con la rendición de los franceses el general mandó vigilancia y mi padre estaba apostado en un puesto en el camino hacia Logroño.

Y entonces llegó aquel día... La trompeta de mi padre sonaba en tono de alerta. Todo el pueblo gritaba y corría. Los hombres se reunieron en el ayuntamiento y yo también fui. Intentaba planear algo y grité:

-¡Quemad el pueblo!

Todos me miraron sorprendidos.

-¡Atacan desde el monte! Preparemos grandes hogueras por todo el pueblo con el resto de madera de la fiesta. Desde allí arriba parecerá que ya han saqueado el pueblo.

-¡En marcha! Es lo mejor que tenemos, esperemos que funcione. -Gritó uno de ellos.

Todos preparamos las hogueras. Cogimos alcohol, madera y nos pusimos en marcha. Ya encendidas asomaron las antorchas de los franceses por el norte. Y con la alegría de todos marcharon media vuelta. En ese momento no gritó de alegría nadie. Pues alertaría a los franceses.

Sin embargo mi madre y yo no nos pusimos contentos, mi padre no aparecía. Fui corriendo hacia el puesto y allí estaba mi padre con la cabeza llena de balazos.

Todos en el pueblo al enterarse hicieron un minuto de silencio por la memoria de mi padre y de muchos otros. Desde entonces cada 7 de diciembre se encienden en Fuenmayor unas hogueras llamadas marchos en memoria de aquellos valientes hombres.

FIN